

LA CANCIÓN DE LA CARENCIA

JAIME MORENO VILLARREAL



Entre mis hermanos, si alguno ha de prestarme oído por un momento, ésta es la canción de la carencia. ¿Habrá quien recuerde al joven hijo del doctor Radyi, que un día partió a conocer el mundo, y de quien pocas noticias se tuvo desde entonces?, entre los amigos de su infancia, ¿habrá quien se acoja a ofrecerle un hombro para que su peso sea llevadero?, entre las mujeres de su vecindario, ¿habrá alguna que recuerde su nombre al fijarse en el iris de los ojos de Mariam, su madre?, entre los hombres de su estirpe, ¿hay quien no lo maldiga, y entienda que cuando cometió sus faltas no llevaba su alma consigo? Recorro con sinceridad a la confianza de la lengua materna, ahora que el tiempo me habrá borrado de las oraciones que quisieron retenerme. Quisiera, como el carretonero de Qazvin, llegar hasta las empinadas calles de Qasir Khan, alborotando con el campanilleo del asno, alzando revuelo en los patios, pregonando, ofreciendo juguetillos para los niños, telas para las amas y noticias frescas para los hombres, y recibir un vaso de té a cambio de mi conversación. Hace mucho que no tengo un buen amigo en cuya mano de hombre deposite yo la mía, charlando mientras la tarde avanza, en aquella esquina poco frecuentada por los automóviles. Durante varios años, algunos de los míos habrán recibido mis cartas más o menos gloriosas, para mí desesperadas, que escribí con la remota confianza de que mi caligrafía fuera a aletear brevemente bajo sus mejillas. En la soledad extrema de un dormitorio maloliente, sin una lámpara de noche, sin un lavabo, perdiendo la lengua materna a fuerza de rumiarla, cómo se extraña el perfume que brota del aliento de un amigo, a menta, a comino, a tabaco, aquellas nocturnas charlas afortunadas en torno a una mesilla donde se sirve la sopa caliente, aquellas horas gastadas en compañía mirando a la calle desde la terraza del café, consumiendo cada uno su paquete de cigarrillos, aquellos anocheceres que pasamos tumbados sobre alfombras, contemplando desde el jardín de los Al-Ghita las luces de Teherán encenderse. Amigos, no crean que soy como el ingrato de los proverbios que sólo acude a la ternura en la necesidad, puesto que ni siquiera estoy en condición de solicitar favores; sólo los del oído, si alguno ha de atenderme.

Esta es la canción de la carencia. Ya pizca mi voz una melodía. Nada hay más palpable que el movimiento, siempre ha habido movimiento y siempre lo habrá, el movimiento espontáneo está en el origen de todas las mociones, movimiento que se mueve a sí mismo y en el que los demás se generan. ¡Pero lejos de mí está comparar a Dios con un principio generador! Ay, que las uñas de un salterio pudieran respuntar el hueco de mi voz. Lo que hay en ese movimiento mientras reside en nosotros, hermanos, es el alma, el alma que yo no poseo, pues soy como los prisioneros del viento, nómadas, los adoradores de ídolos que se trasladan en caravanas de aquí para allá sin nunca emigrar verdaderamente hacia Dios.

¿Te acuerdas, Mirza?, ¿Dariush, te dicen algo mis palabras? Desde la infancia depositábamos nuestro amor, pero éramos tímidos. Aquel amor a una niña o a un muchachito sólo halla correspondencia cuando depositas tu alma, y aprendes a ser recipiente de un secreto. Es un juego como el de una cinta al aire revoloteando en sus dos fases, la manifestación y el ocultamiento. Ahí se conoce en la inocencia el primer regalo de amor, pero se enfrenta ya la pérdida, ¡primera experiencia de la belleza inalcanzable! Entre niños incapaces de entrega se puede sostener una pasión delicadísima que predispone al viaje innominado, y ahí se decide tu vida si no hallas la fe. ¡Hermanos, ésta es la canción de la carencia!

Cuando alguien pierde el alma, su cuerpo rueda y anda sin verdadero movimiento, no hay luz que emane de sí. En la ciudad, el cuerpo sin alma de un hombre se mueve como una fiera que le hiciera falta al bosque. Entre los olores él no reconoce las cosas, sus semejantes se le deshacen cual muros de polvo, su anhelo y su memoria son ahora puros movimientos de reflexión en las vidrieras, de salto entre los automóviles, de contracción en el estómago, de estremecimiento a la sombra de los edificios; ya nadie lo mira de frente, nadie lo aborda, quien se cruza con él lo elude ligeramente, pero ni siquiera en ese esquívamento hay intención, como si su presencia no despertara ya propósito ni inteligencia! Él siente ser una pura pérdida, y anhelarla que alguien hiciera uso de él como de un objeto.

Hermanos, hablo desde lo profundo, como si llamase al mundo a testimoniar. Paso los días echado en un camastro, mirando el cielo por una ventanita. Que yo recuerde, nunca hubo un día claro aunque, una que otra mañana, un cono de luz se abre paso hasta mi celda. Me dejo llevar mirando el cielo gris. He faltado a mi gente. Pensarás, primo Mehdi, que me llevo a sentir un eremita que contempla el mundo desde un punto fijo, pero yo pienso mucho en mujeres, en las mujeres que pude tener; los barrotes de la ventanita quedan suprimidos y veo pasar vaharadas, nubes que se deshilvanan. Por gris que sea, un cielo removido por el viento no es tan oprimente. La última vez que besé a Sari, al despedirme, sentí su lengua demasiado carnosa. Veo avanzar una nube nacarada mucho más baja, que concentra todo el cielo de la tarde, y fuero a entrar su lengua en mi boca, en tanto que la pañoleta negra resbala dejando aparecer el cabello negro tupido, yo paso a los labios delgados, a los labios gruesos, a las succiones, al choque indeseado de los dientes, a la búsqueda del paladar con la punta de la lengua, la circunscripción de las encias, nubes conformándose y desvaneciéndose, oigo voces, suspiros, oprimo la nuca, ella vuelve a besarme, no cesa, el cielo se desvanece en el portal de un templo preislámico, siento de nuevo en mi labio el roce de su lunar, ella me conduce a la alacena, me atrae al olor del amizcle, abro de nuevo los labios mientras el almuecn canta el llamamiento a la oración, rozo un muslo en el ondeo de las telas, y témpanos de nubes y glaciares cruzan a velocidades uniformes, tristemente, mientras los cuervos se ciernen sobre mi prisión sin tocarla.

Hermanos, ¡yo carezco del sentimiento religioso fundamental! Tengo una experiencia de mí mismo desligada de mis actos. Lo que se mueve en mí se limita a ocurrirme. Pero me basta saber algo común a tantos hombres, algo muy puro aunque parezca, por or-

dinario, un disparate. Toda mi vida he identificado el alma con una mujer. Por qué no fue ésta, por qué no aquella otra a la que nunca volvía a ver; cuándo me sentí rechazado, cuándo desinteresado, a cuál podría volver a buscar un día, cuál de ellas pensará en mí; entretanto ya no guardo mi alma conmigo. A esto se reduce el testimonio de un hombre que huye de una mujer a la que ha perdido, y que canta para ustedes, dondequiera que los alcance esta tonada. ♪



Fray Alonso de Florencia